



LAS CIUDADES Y LA VIDA COTIDIANA UNA APROXIMACIÓN DESDE LA HISTORIA Y LA LITERATURA*

Guillermo Bravo Acevedo

RESUMEN:

El objetivo de este artículo es recuperar imágenes literarias sobre las ciudades planteando, al mismo tiempo, su validez para describir el mundo de la vida cotidiana y sus diversos espacios de sociabilidad, en una sociedad urbana. Se inicia el texto con una reflexión metodológica sobre el tipo de fuentes que puede utilizar el historiador para reconstruir la historia cotidiana urbana, para continuar citando textos de novelas que ejemplifican su uso. Las conclusiones alcanzadas subrayan el valor que puede llegar a tener la fuente literaria como texto documental para hacer la historia

ABSTRACT:

The aim of this article is to recover literary images of the city and, at the same time, to outline their validity to describe the world of everyday life as well as various spaces of sociability in urban society. The text begins with a methodological reflection on the type of sources that historians can use to reconstruct urban daily history, and goes on to examine texts of novels that exemplify its use. The conclusions underline the value of literary sources as documentary texts to make history.

“Angol en esos días era el emporio de la Frontera. A la ciudad de los árboles, de las flores y de las frutas llegaban los norteños trayendo sus mercaderías, sus vicios y los adelantos que el país había alcanzado en el Norte. Languidecían los minerales de las tierras atacameñas, y entonces el hombre de Chile miraba hacia la Frontera, hacia la patria del indio, que estaba virgen, vestidas de selvas opulentas, donde crecían los pastizales alimentando a miles de chanchos bravos y vacunos caíta que no tenían dueño”

(DURAND, L., Tomo I, S/F, p. 35).

INTRODUCCIÓN

La cita que inicia este texto, escrita por un profundo conocedor del paisaje fronterizo, posee una dualidad sorprendente. Por un lado, entrega una imagen literaria del ambiente que se vivía en la ciudad de Angol hacia las últimas décadas del siglo XIX y, por otro, caracteriza la dimensión del cambio histórico que se estaba gestando en la vida cotidiana de la nueva sociedad fronteriza.

* Este artículo fue presentado como ponencia a la Mesa Redonda *Ciudades, Historia y Literatura* del Seminario Internacional LAS IDEAS, LAS CIUDADES Y LAS LETRAS. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Enero, 1998.

Desde la perspectiva metodológica, la cita en cuestión es altamente provocativa, pues plantea al historiador de la vida cotidiana un doble problema: primero, le sugiere la posibilidad de utilizar testimonios literarios, como recurso documental, para recrear la historia de las ciudades y, segundo, le impone el desafío de validar dichos testimonios como una fuente histórica viable.

Planteado así el problema, el propósito de esta comunicación es recuperar imágenes literarias sobre las ciudades planteando, al mismo tiempo, su validez para describir el mundo de la vida cotidiana y sus diversos espacios de sociabilidad, en una sociedad urbana que, por naturaleza, es polivalente y multifacética.

LA HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA DE LAS CIUDADES Y LAS FUENTES LITERARIAS

En el campo de la historia social, la corriente historiográfica que se preocupa de la vida cotidiana ha puesto su acento en la proposición de nuevos temas y nuevas fuentes, para observar el pasado desde otros ángulos. La microhistoria, la historia oral, la del género, la de la vida privada, la de la gente corriente y sus espacios de sociabilidad son algunos de los terrenos, en los que se ensaya esta perspectiva.

En el caso de la historia de las ciudades, el estudio de la vida cotidiana también puede ser un campo privilegiado, para el análisis de los espacios de sociabilidad que se generan y de los comportamientos sociales que se establecen, permitiendo observar los elementos constitutivos de la sociedad y las fuerzas que la configuran.

De esta forma la historia de las ciudades no sólo se explicaría por su ámbito espacial-geográfico, sino que además, por el dinamismo que le confieren los grupos humanos, las diversas instituciones y las distintas formas de relación social que establecen sus habitantes. Bajo este enfoque, la ciudad exige una lectura histórica, porque su estructura alberga una sociedad y, dentro de ella, se generan espacios de socialización que se ubican en el centro de un movimiento de muy larga duración, donde lo urbano, superando todos los demás criterios, define una situación original que regula las relaciones entre los diferentes niveles de la realidad social.

En el fondo, y ante todo, el historiador de las ciudades propone una visión social del fenómeno urbano, captando la ciudad como un complejo social, eje donde se encuentran los individuos y la comunidad, lugar de desarrollo entre las condiciones materiales y los factores culturales. Por ello, no admite un análisis de la ciudad sin su población, porque quedaría desprovisto de la esencia misma de la vida social.

De este modo, los estudios sobre las formas de sociabilidad colaboran al desarrollo de investigaciones sobre la vida cotidiana en las ciudades. Es indudable que la sociabilidad de lo cotidiano es un terreno de investigación muy fértil, pero, también es verdad que el historiador, muchas veces, se encuentra con un escollo casi insoluble. Frente a esta situación el problema principal que se le plantea es el siguiente: para estudiar la Ciudad, cualesquiera que ella sea, y su complejo mundo social, ¿que material documental posee?; ¿a partir de qué fuentes debe apreciar los cambios socio-culturales que se observan en los diferentes espacios de sociabilidad urbanos?; ¿dónde encontrar testimonios que hablen sobre la vida cotidiana?; ¿sobre que textos podría reconstruir la historia de la “gente común”?

En principio, hay que destacar y precisar que no existe un tipo de fuentes preestablecida, para el análisis de la historia de la vida cotidiana, como tampoco existe para otras formas historiográficas. En consecuencia, el problema de las fuentes debe ser resuelto por cada historiador de acuerdo a sus objetivos de investigación.

Dentro de este contexto, para analizar el problema propuesto en esta comunicación se propone utilizar, como fuente de información no excluyente, testimonios aportados por la literatura, como una manera de elaborar una imagen descriptiva del clima de la vida cotidiana en una ciudad y sus correspondientes espacios de sociabilidad.

En un trabajo anterior (Bravo, G., 1990), analicé el problema del comportamiento social, individual y colectivo, de hombres y mujeres, frente al matrimonio y la vida familiar, proponiendo como fuente de información, preferentemente, la utilización del texto literario. Con ello conseguí elaborar una descripción del rol social de los cónyuges y de sus motivaciones frente al matrimonio, que reflejaba con mucha fuerza los elementos implícitos de la sociabilidad de esta institución, en toda la época estudiada.

En esa ocasión, el uso de las fuentes literarias –la novela–, estaba fundamentado en tres puntos esenciales:

1. La novela estaba concebida como una crónica social. Dicha crónica, es cierto que se expresaba en la ficción, pero, poseía como base y escenario la observación de la realidad y su relato reflejaba "...ciertas formas de la vida cotidiana, algunas características de los grupos sociales, parte de la estructura social y numerosos problemas de convivencia y de relaciones interpersonales ocurridos en la sociedad" (Bravo, G., 1990, p. 86).
2. La novela estaba considerada como una interpretación sencilla de la vida que enfocaba al hombre en su mundo cotidiano y en su contorno cultural.
3. El autor de la novela daba vida a sus personajes combinado su propia experiencia con la observación de la realidad. Como dice C. Rama, en este caso, "La novela se ha fundido casi con la sociedad en que se difunde, que tiende a reflejar, perpetuándola en una común ambición con el documento histórico" (Rama, C., 1975, p. 26).

Estos mismos supuestos metodológicos servirán como punto de partida para analizar la historia de la vida cotidiana de las ciudades. Sin embargo, dentro de este marco, es preciso agregar dos nuevas premisas, para fundamentar la utilización de los textos literarios como fuente histórica. La primera, se refiere a que la novela contemporánea enseña al lector no solamente la realidad de una sociedad y de sus variadas formas de sociabilidad, sino que también la crítica de esta realidad, en tanto que la segunda, por contraposición, se relaciona con el tipo de fuentes tradicionales que dispone el historiador y que a menudo, por pertenecer a esta categoría, son consideradas válidas, exentas de críticas y completas.

Más que un inventario sistemático e imaginativo de situaciones sociales, "En la novela contemporánea, como dice Luis Orrego Luco, tomada siempre de la realidad, existe arte y estudio. Se teje sobre la trama de la vida no sólo con la mera fantasía, sino también con

observación y con análisis” (Orrego Luco, L., 1966, p. 28)¹. Y agrega, “El arte es una forma de actividad humana, que consiste para un hombre en transmitir a otros sus sentimientos consciente y voluntariamente por medio de ciertos signos exteriores”, concluyendo que “un libro debe hacer meditar; debe ser una obra producida a medias, entre el escritor y el público” (Orrego Luco, L., 1966, p. 28).

A pesar de los argumentos expuestos, no sólo basta con concebir a la novela contemporánea como una fuente histórica válida *per se*, para realizar una investigación sobre historia cotidiana. Tampoco sería un lugar seguro de información si su utilización se tuviera que medir, únicamente, por su calidad descriptiva. Por tanto, es preciso aclarar que la novela u otro tipo de texto literario, no es condición suficiente para interpretar la realidad histórico-social. Por el contrario, su naturaleza cualitativa será un aporte valioso, para el historiador, si previamente ha sido contrastada y validada, ya que se convierte en imágenes complementarias que ilustran el relato histórico de la situación social que se analiza.

Con frecuencia, la fuente literaria es criticada por sus detractores a causa de las limitaciones que presenta su testimonio, toda vez que se obtiene a partir de un relato concebido imaginativamente por un autor determinado, o bien, por los errores y las omisiones sobre los datos, las fechas o hechos históricos sobre los que trata la temática específica del texto literario.

Sin negar estas evidentes limitaciones, se puede afirmar, sin ninguna duda, que la novela se puede utilizar como fuente en algunas áreas de la historia tales **como la historia social, historia local, historia de la familia, historia de la vida privada, historia de la vida cotidiana e, incluso, en la historia política**, dado que su carácter descriptivo aporta percepciones de la realidad social que difícilmente se podrían encontrar en otras fuentes históricas más tradicionales.

Es cierto, además, que la novela es selectiva, ya que el tema lo escoge su autor libremente, según sus propios objetivos, y que posee omisiones inconscientes o distorsiona los hechos a través del tiempo, por la influencia de factores voluntarios o involuntarios. Pero, insisto, es al historiador “a quien le incumbe decidir si extiende su investigación a un poema, un libro, o la obra entera de un escritor”, porque es cada investigador el que “...debe arriesgarse libremente eligiendo los términos de referencia y los puntos de comparación que parezcan adecuados” (Starobinski, J., 1979, p. 183).

En definitiva, al igual que en la utilización de las fuentes escritas, más tradicionales, se deben tomar todas las precauciones para obtener de las fuentes literarias la mayor representatividad y veracidad posibles. En otras palabras, las fuentes literarias presentarían las mismas debilidades que las escritas o tradicionales: existe en ambas una subjetividad implícita. Para contrarrestar esta situación, es necesario analizar el relato literario como un todo, observando la coherencia interna del discurso, para obtener de él la imagen que se quiere expresar.

En cuanto a las fuentes cualitativas tradicionales que puede utilizar el historiador tales como la prensa, los informes municipales, los archivos notariales y otras, para reconstruir la historia de la vida cotidiana de las ciudades, casi siempre tienen la calidad de indirectas,

¹ El texto reproduce tres artículos publicados en el Mercurio de Santiago los días 6, 7 y 8 de julio de 1909, en los cuales el autor de *Casa Grande* replica a sus críticos y a las personas que **malentendieron** el sentido de su obra. (El remarcado es nuestro).

pero, lo más paradójal es que se desconoce, en ocasiones, si los documentos hablan de la excepción o de la regla, de la anécdota o del ejemplo, razón por la que deben pasar, al igual que las literarias, por una suerte de cedazo que las valide. Entonces, ambas fuentes se encuentran en la misma categoría, sujetas a la crítica histórica y a disposición del investigador que libremente las escoja para informar sus trabajos.

Distinta es la situación que se plantea con las fuentes cuantitativas, que sólo presentan indicadores de la realidad. Con éstos se puede construir una serie homogénea y comparable sobre un problema específico, establecer una tendencia en el tiempo y representarla estadística o gráficamente. Sin embargo, para explicar su significado histórico y las consecuencias que arrancan de la medición o correlación establecida, es necesario recurrir a las fuentes cualitativas, para “humanizar” el análisis, debido a la naturaleza intrínsecamente social de la historia.

En suma, conjugando una propuesta metodológica adecuada con la elección y utilización crítica de fuentes literarias, el historiador puede llegar a escribir la historia de la vida cotidiana de las ciudades, describiendo interpretativamente la problemática que ha elegido e ilustrándola con imágenes literarias que complementen su relato.

LAS CIUDADES Y LA VIDA COTIDIANA

La vida cotidiana de los habitantes de una ciudad se mueve simultáneamente entre el tiempo y el espacio. El tiempo se refiere al período durante el cual una persona vive en la ciudad, desarrolla acciones de sociabilidad y se producen cambios en dichas relaciones, en tanto que el espacio remite a la visión que se tiene del contexto físico del suelo urbano y a su reorganización, producto del crecimiento de la ciudad.

Si se toma como ejemplo a la ciudad de Santiago, se puede señalar que fue fundada en 1541 y sus primeros habitantes no pasaron de 150. Posteriormente, a fines del siglo XVI, escribe un historiador “que era en esa época una ciudad tan pobre como devota. Su población no pasaba de 1.000 almas; i según un documento mui curioso, tenía poco más de 160 casas bastante humildes” (Barros Arana, D., 1872, p. 12). A mediados del siglo XIX Santiago contaba con 115.377 habitantes y, a comienzos del siglo XX, producto del constante y masivo proceso de urbanización que se produjo en el país, llegó a tener a tener 332.724 (DGE., 1908)².

Los datos señalados para Santiago corresponden a fuentes historiográficas y estadísticas que muestran únicamente el crecimiento demográfico de la ciudad, a través del tiempo. Se supone que paralelamente hubo un ensanche del espacio físico y una reordenación urbanística de la ciudad. Sin embargo, no pueden expresar ningún rasgo respecto de la vida cotidiana o de espacios de sociabilidad porque, obviamente, carecen de ese tipo de información. Entonces, para expresar el sentido social de la ciudad y, especialmente, la imagen de la gran ciudad, es posible recurrir al texto literario que ilustra, de modo singular, las relaciones cotidianas y la estructura urbanística.

² Los datos de población corresponden a las encuestas censales de los años 1865 y 1907, respectivamente.

Un primer texto seleccionado, entrega una imagen del impacto que causa al migrante el espacio de sociabilidad informal que se produce en la Estación Central de Santiago, punto de arribo y partida de los trenes que van al sur y al norte del país, a fines del siglo XIX:

“La barahúnda de la llegada era enloquecedora para cualesquiera, con particular motivo para un recién desembarcado, como yo. Los mozos de cuerda con sus gorrillas encarnadas, que llevan inscrito un número de orden en la placa de metal, cruzaban en todas direcciones, dando empujones a diestro y siniestro, sin cuidarse de cosa ni de persona alguna, ni mucho menos del consabido ‘¡ah, bruto!’ de alguna víctima. Un tropel rápido y desalado de gente se dejaba caer de los vagones, con la premura ansiosa del que llega... Montones de maletines, mantas de viaje, sacos de mano, cestos de mimbre con manzanas, uvas un tanto secas y arrugadas, quesos, pejerreyes y otros pececillos, daban a la atmósfera olor a mercado que producía extraño contraste con el hálito flotante del carbón de piedra; gritería ensordecedora de algunos chicos pregonando periódicos y de mandaderos que ofrecían sus servicios; vaivén incesante y tumultuoso; atropellamiento de gente que salía, codeando violentamente a un grupo de personas que abrazaban a otras recién llegadas; el paso importante y apresurado de algunos viajeros bien vestidos; el más humilde y tranquilo de otros –todo eso lo vi y lo sentí como a través de velo que me cubriera los oídos y los ojos. A mí nadie me espera, nadie sabe que existo, pensé con desconuelo, y la ola de tristeza que me invadía se fue extendiendo... se fue extendiendo” (Orrego Luco, L., 1913, pp. 5-6).

De la cita anterior, el primer punto a destacar es la sorpresa que causa al recién llegado el ambiente que se vive en el recinto de la estación; situación socio-cultural que para formar parte de lo cotidiano. Pero, a mi entender, lo más expresivo del texto es la sensación de soledad que experimenta el migrante, preludio del desafío que será vivir en la gran ciudad, por lo impersonal que resulta la convivencia cotidiana.

Pasada la primera impresión, Antonio, el protagonista de esta novela, se encuentra con su amigo Pascual, quien lo introduce en la gran ciudad. En ésta, que a la altura del tiempo que relata la novela posee una historia cercana a los 340 años, se ha producido una expansión de los espacios físicos urbanos y un incremento de la masa demográfica contenidos en ellos y, como consecuencia, se ha generado la sensación de cambio social. Un cambio en el que lo más visible se manifiesta en la presencia de la muchedumbre, de la masa social, y en la heterogeneidad y promiscuidad que ella creaba, en contraste con la vida más tranquila de provincias. De este modo, cuando Antonio se enfrenta al espacio urbano cotidiano santiaguino, nuevamente, reflexiona y acota:

“La entrada a Santiago, francamente, no me produjo ilusiones. La Plazuela de la Estación Central, rodeada de almacenes, de bodegas, tiendas de comestibles, con su vaivén de carretones y su extraordinario movimiento de carruajes... me produjo la impresión errónea de una gran ciudad exclusivamente comercial. Luego el coche dobló por el paseo de las Delicias, la vena ahorta de Santiago, avenida enorme del ancho de cinco o seis calles de provincia, que atraviesa la vastísima ciudad de un extremo a otro. Si he de confesarlo con franqueza, la primera impresión de Santiago, en las cercanías de la Estación Central, no fue grata de ningún modo. Edificios pequeños, vetustos, de adobes mal encubiertos y mal enlucidos de azul o de rojo; faroles de café chino; telones de circo de arrabal; el bullir continuo de gente de mala catadura, de manta deshilachada, desharrapienta, con los pies calzados con esas abarcas de cuero llamadas hojotas, los pantalones arremangados y las piernas

cubiertas de mugre; el olor de comida barata, de grasa y de fritura que subía a bocanadas tibias de las cocinerías y de los chincheles dudosos; los gritos de los ebrios y las carreras de los pilluelos mugrientos y a mal traer, todo aquello me produjo impresión de nauseas” (Orrego Luco, L., 1913, pp. 10-11).

La novela que se ha tomado como ejemplo, continua describiendo la ciudad de Santiago, particularmente en el capítulo IV, “Primeros pasos”. El autor pinta con mucha claridad los diferentes espacios de sociabilidad cotidiana, como la Quinta Normal, el Cerro Santa Lucía, la meseta de Pedro Valdivia y los puentes que cruzan el río Mapocho –Cal y Canto, Purísima–. Luego se refiere a la Plaza de Armas, con el Portal Fernández Concha, el palacio Arzobispal, la Catedral, la Municipalidad y el Correo, diciendo que esta parte de la ciudad tiene un aspecto comercial y nuevo, distinto a las otras (Orrego Luco, L., 1913, pp. 47-56). En este sector, “el centro”, le llama la atención, el comportamiento social de las mujeres:

“De nueve a once es la hora preferida por las señoras de Santiago para ir con sus hijas a los grandes almacenes de la parte comercial de la ciudad. Es la hora más cómoda porque no necesitan preparativos de toilette. Como en Chile, todas las damas van a la iglesia envueltas en manto negro que les cubre la cabeza, terminada la misa, pasan al centro del comercio que es, en Santiago, la manzana comprendida entre la Plaza de Armas y las calles Estado, de los Huérfanos, y de Ahumada. Los grandes almacenes, colocados en ésta y en las manzanas adyacentes, se ven invadidos a esas horas, por enorme concurrencia femenina. Las mujeres de manto llenan las aceras, hormiguean por las tiendas, se detienen en los muestrarios, discuten las calidades de las mercaderías y los precios, piden rebaja, y se creen muy astutas cuando juzgan han conseguido comprar algo más barato que la Fulana o Mengana” (Orrego Luco, L., 1913, pp. 55-56).

Hasta aquí, se ha precisado un lugar de encuentro entre la historia social de las ciudades y las fuentes literarias que sugiere una opción analítica. A través de ésta cabría preguntarse si las descripciones que presenta Orrego Luco, en “Un idilio nuevo” ¿son reales o ficticias?, ¿Representan los espacios de vida cotidiana de la ciudad o, más bien, son un producto de su imaginación? En principio, la respuesta va en la dirección de aceptar su condición de fuente histórica y, para apoyar su utilización, se puede parafrasear a Le Goff diciendo que hacer la historia es operar una cierta lectura de un documento, sea cual sea, ya que todo es fuente para el historiador (Le Goff, J., 1979, p. 91)³. Entonces, si el historiador no tiene a su disposición documentación tradicional o materiales próximos al tema que trabaja y que le presenten estos paisajes sociales de la ciudad y de sus entornos, es legítimo que busque este tipo de información en otras fuentes, para poder recrear su relato histórico.

Desde luego, basar estas consideraciones con el apoyo literario de un sólo texto, parecería ser arriesgado, sobre todo porque la situación descrita es aplicable a la ciudad de Santiago⁴. Pero, si esto sucede para Santiago, que pasará cuando el historiador debe

³ El autor se refiere a la historia de las mentalidades, pero, su sugerencia bien puede aplicarse a la historia de la vida cotidiana.

⁴ Otras novelas que pueden ser consultadas y que contienen descripciones similares de los espacios urbanos y sociales de Santiago, como paseos, barrios, conventillos, el “centro”, cafés, prostíbulos y otros son: Edwards Bello, Joaquín, *El roto* (1920); *La chica del Crillón* (1935); Orrego Luco, Luis, *Casa Grande* (1908); *Al través de la Tempestad* (1914); *El tronco herido* (1929); Romero, Alberto, *La viuda del conventillo* (1930); *La mala estrella de Perucho González* (1935); Santivan, Fernando, *El crisol* (1913); *Robles, Blume y Cia.* (1923); Urzúa, Waldo, *Esas niñas Ugarte* (1952).

investigar la vida cotidiana en otro tipo de ciudades, como las ciudades fronterizas de la Araucanía o los campamentos salitreros del norte, por ejemplo, en el último cuarto del siglo XIX. ¿Podrá contar con novelas u otros textos literarios que le proporcionen estas descripciones tan precisas y directas?

Esta comunicación se inició con una cita que se refería a la ciudad de Angol. Angol de los Confines, que fue el primer nombre que tuvo la ciudad cuando se fundó, en el siglo XVI, debió ser refundada en 1862, como un pequeño centro urbano fronterizo. En 1875, contaba con 3.845 habitantes y, en 1907, éstos llegaban a 7.391 (DGE, 1908).

Angol, una de las primeras ciudades surgidas de la colonización de la Araucanía se convirtió, precipitadamente, en un dinámico centro urbano fronterizo, cuya población era poco numerosa, bastante heterogénea, más o menos, alejada del marco de vida tradicional, fue integrando diversos espacios de sociabilidad urbanos que, en su conjunto, establecieron diversas formas de relaciones sociales con significados culturales diferentes. En el fondo, la ciudad pasó a ser un polifacético mundo cotidiano donde las relaciones sociales se multiplicaron y los habitantes participaron al ritmo que imponía la trama social que vivían (Bravo, G., 1997, pp. 201-218)⁵.

Esta situación, tan especial que se vivía en esta ciudad fronteriza, es captada por la pluma de Luis Durand, en su novela Frontera, en los siguientes términos:

“Comenzaba el verano y las calles se veían llenas de gente que llegaba de todos los rincones de la Frontera. Venían a comprar en las tiendas y almacenes, encima de cuyas puertas se cimbraban las piezas de un arado, junto a una azuela, un formón y una sierra. Por las aceras desiguales cruzaban a grandes pasos los colonos alemanes, franceses y suizos, recién llegados a la región. También algunos vascos franceses que no se fueron a Cañete ni a Lebu y se quedaron en Angol como almaceneros o dedicados a trabajos de hortalizas en los cuales eran especialistas. Pasaban por las calles, hombro a hombro con el mapuche y con la gente de Chillán, Curicó, San Javier y Parral, que venían en busca de acomodo o a vender monturas, riendas, frenos o lazos trenzados con habilidad admirable. Junto al tintineo de las espuelas de grandes rodajas se oía la sonajera de las pequeñas espuelas que usaban los mapuches. Pasaban éstos erguidos, orgullosos y dignos, junto a los huincas intrusos que venían a quitarles el mapu. Descalzos, caminaban a grandes zancos, mientras las 'chinas', siempre un poco atrás, iban con trancos menudos, hablando plañideramente en mapuche y luciendo sus trariloncos de plata y sus relucientes trapilacuchas sobre el pecho” (Durand, L., S/F, pp. 37-38).

La mayoría de los estudios acerca de la sociedad fronteriza⁶ han demostrado la situación que registra la cita anterior, razón por la que no se insistirá en este punto. Sólo se puede acotar que, el texto citado, refuerza desde el ángulo de la literatura esta situación social.

⁵ Ver, en especial, el apartado Población y desarrollo en las ciudades de la Araucanía.

⁶ Sobre el proceso de integración de la Araucanía a la soberanía nacional han escrito: Saavedra, Cornelio. **Ocupación de la Araucanía**. Santiago, 1870; Lara, Horacio. **Crónica de la Araucanía**. Santiago, 1888; Villalobos, Sergio. “Tres siglos y medio de vida fronteriza”, en **Relaciones fronterizas en la Araucanía**. Santiago, 1982; Leiva, Arturo. **El primer avance a la Frontera, Angol 1862**. Temuco, 1984; Norambuena, Carmen, “Inmigración, agricultura y ciudades intermedias”, en **Cuadernos de Historia N° 11**, Santiago, 1991; Bravo, Guillermo, “La incorporación de la Araucanía al territorio nacional”, en **Ciclos de Conferencias**. Santiago, 1984.

No obstante, la cita marca un aspecto económico interesante, que tiene que ver con la economía regional y el surgimiento del comercio, como actividad estratégica del crecimiento intrarregional. En efecto, en el mercado de trabajo de la Araucanía, según las estadísticas que se poseen, la actividad de comerciante siempre fue en aumento: de 1.066 comerciantes que había en 1885 se llegó a 3.298, en 1907 (Bravo, G., 1997, p. 215). En forma particular, en la ciudad de Angol, para 1891, se registran 58 comerciantes (Espinoza, J., 1891)⁷.

Es cosa sabida cómo se desarrolla la actividad de un comerciante y cuáles son los tipos de establecimientos comerciales más comunes, que se establecen en una ciudad pequeña. Sin embargo, elaborar una descripción de un establecimiento comercial, formas de comercialización, pago o crédito, en una ciudad fronteriza como Angol, a fines del siglo XIX, es una tarea que requiere bastante imaginación. El investigador, entonces, debe recurrir a documentación que le aclare el problema, pero, se encuentra que en las fuentes cuantitativas este tipo de datos no está disponible y que en las cualitativas, rara vez se informa sobre tópicos como estos. En la disyuntiva, puede recurrir a la siguiente información:

“En los almacenes, tiendas y negocios de abigarrado contenido, se exhibían las telas vistosas que ondeaban como alegres llamaradas desde las puertas. Y más adentro estaban las mercaderías de óptima calidad, traídas de Europa: herramientas, lozas, cuchillería, cristales. Sal fina en frascos relucientes, polvos de arroz, galletas que habían cruzado el mar y estaban frescas dentro de tarros finamente contruidos y arreglados con primor.

“Y en otra sección de aquellos negocios se veían los cordeles enrollados en inmensos carretes, la grasa de pino, las rumas de baldes, de ollas negras, las pailas de cobre y las enormes olletas de tres patas, mientras del techo pendían, cimbrándose, las teteras, las bacinicas, las ollitas azules y las fuentes blancas ribeteadas de azul. Tienda y almacén, allí se mezclaba el fino olor de los géneros engomados con el del azúcar, la chancaca, el charqui y la grasa de pino” (Durand, L., S/F, p. 36).

“Trabajaban del día a la noche en su negocio de buhonero y cada vez les iba mejor. Les faltaban tiempo y manos para vender. Pero muy pronto las circunstancias les obligaron a cambiar de giro. Los indios, los soldados, los carreteros o los peones que venían a las faenas camineras fueron los que, sin insinuación siquiera, les llevaron a variar el rumbo de sus actividades comerciales. Llegaban hasta ellos, con un poncho o con un trarilonco de los plata los indios, y la demás gente con herramientas, prendas de vestir, armas, zapatos y, a veces, hasta con mercaderías compradas en los almacenes, para dejarla en prenda por unos cuantos pesos o centavos y poder con ellos seguir bebiendo.

“Una tarde, el español se encontró con que en el huerto de la casa donde vivían había una yunta de bueyes.

“—Y estos animales, ¿que hacen aquí, Anselmo?

“El chiquillo, sin darle mayor importancia al asunto, replicó:

“—Están en prenda. Si no vienen a buscarlos pasado mañana, se venden. Así fue el trato.

⁷ Angol registra una cifra de población cercana a los 7.000 habitantes, a principios de la década de 1890, y el mercado de trabajo contabilizado y pormenorizado llega a 486 personas. De ahí, que sea importante el número de comerciantes, porque representa el 12%. Ver, además, Tablas y Gráfico en Anexo.

“Y de este modo fue como aquel bazar de quincalla y mercadería liviana se transformó en una agencia en la cual se recibía de todo. Y poco a poco la agencia extendió sus operaciones, convirtiéndose a la vez en tienda, almacén, mercería, ferretería y cantina” (Durand, L., S/F, pp 38-39).

Teniendo como referencia las descripciones citadas, es indudable que el historiador podrá recuperar lo cotidiano, validar socialmente los datos cuantitativos, respecto de la actividad comercial y entregar otros antecedentes respecto de la situación económica regional.

Uno de los problemas más cruciales que se produjo en la región fronteriza fue el relativo a la compra-venta de tierras. Desde el punto de vista administrativo, este problema lo tomó a su cargo el Gobierno, para lo cual dictó una serie de leyes, para proteger a los mapuches propietarios, de las estafas, los engaños o simplemente de la usurpación legal de sus tierras.

La vasta legislación que reguló la constitución de la propiedad en la Araucanía y las leyes específicas que cuidaban los derechos de los mapuches, naturalmente, se debieron aplicar desde las ciudades de la región (Bravo, G., 1984, pp. 28-32)⁸. Las notarías, los abogados, el comercio fueron algunos de los escenarios donde los habitantes de la zona cometieron toda clase de abusos con el indígena propietario. Muchos fueron los métodos empleados y las artimañas usadas.

“Sin saber como, Anselmo se vio dueño de una gran cantidad de animales vacunos y caballares que los indios y los campesinos venidos de la Alta Frontera le vendía por precios misérrimos. Muchos de esos animales los vendió a su vez a los proveedores del Ejército, entre ellos a don José Bunster, que ya había instalado su Banco en Angol, con un millón quinientos mil pesos de capital, suma fabulosa para aquellos años, fuera de la invertida en los molinos que tenían en Collipulli, Traiguén y Angol.

“Entonces, Anselmo Mendoza tuvo que rematar tierras fiscales, que entregaban los ingenieros que iban desde Santiago, llevando unos planos que correspondían bien poco a la realidad. Las tierras se medían sin tomar para nada en cuenta la propiedad indígena, que en todo momento se veía amagada. Los deslindes seguían el curso que convenía a los nuevos propietarios. Y de este modo el indio se iba arrinconando, arrinconando, para criar sus ovejas y sus bueyes, que en los comienzos del otoño solía vender a los pueblos. Todo se resolvía en “choncavos”. Conchiavando, conchiavando, como ellos decían, trocando sus animales, sus productos y su tierra por aguardiente y ríos de vino que llegaban a Angol desde el Laja, Chillán, Bulnes y San Javier” (Durand, L., S/F, p. 43).

⁸ Bravo, op. cit. 1984, pp. 28-32. La complicada situación de la propiedad en la Araucanía requirió de una compleja legislación, cuyas principales normativas fueron: Decreto de 07.12.1852, que distinguió entre territorio fronterizo y territorio indígena; Código Civil de 1855, que estableció como bienes del Estado todas las tierras que estando dentro de los límites territoriales carecían de dueño; ley de 04.12.1866, que legislaba sobre la delimitación de la propiedad indígena; decreto de 11.02.1868, que reglamentó las formalidades para obtener escrituras en la región; decreto de 07.07.1872, que prohibió a los notarios de Angol, Lebu e Imperial, que extendiesen escrituras sin la presentación de títulos de dominio; decreto de 08.03.1873, que prohibía a los indígenas firmar contratos sin la presencia del Protector de Indios; ley de 11.01.1883, que prohibió a los indígenas enajenar sus tierras.

CONSIDERACIONES FINALES

La lista de situaciones sociales y la cita de textos literarios, como fuentes para la historia de la vida cotidiana, en el sentido que se ha propuesto en esta comunicación, podría multiplicarse. Sin embargo, lo sustantivo es que con estas aportaciones el estudio de lo cotidiano se enriquece y permite elaborar interpretaciones más afinadas. Con ello, no se quiere decir que los estudios que no contengan este tipo de aporte sean menos documentados y científicos, sino, simplemente, que aún esos mismos estudios podrían recoger estas imágenes, tomarlas como referencia de lo que suele denominarse eufemísticamente “el contexto social”, para vincular los cambios que registra la vida diaria en cualquier ciudad, del pasado o actual.

No se trata aquí de cuestionar otras fuentes de la historia cotidiana, ni tampoco señalar que las literarias son las únicas que permitirían ofrecer estudios completos. La complejidad del problema, exige y pone de manifiesto la urgencia de avanzar en la búsqueda de todo tipo de fuentes, para avanzar mucho más en la interpretación de este campo de la historia, tan viejo en su origen, como nuevo en su estudio.

La propuesta que se ha planteado anteriormente se debe tomar como una aproximación al problema desde la historia y la literatura. Tal propuesta no ha pretendido ofrecer un camino curioso, una forma de interpretación meramente descriptiva de ciertos tópicos de la vida cotidiana, muy por contrario, ha querido poner de relieve el valor que puede llegar a tener fuente literaria como texto documental, para construir la historia.

Si se opta por esta forma, que duda cabe, se abre a la historia de la vida cotidiana a un nuevo desafío, que puede ser común a los diversos temas de la historiografía social actual. Emprender este desafío no será tarea fácil, aunque siempre será más fructífero que quedarse en los viejos moldes de la historia tradicional, que no entregan ninguna evolución de la disciplina; actitud no sólo incompatible con la evolución de la sociedad, sino que también de la ciencia histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros Arana, Diego** (1872): *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*. Imprenta y Librería del Mercurio de Orestes L. Tornero, Santiago.
- Bravo, Guillermo** (1984): "La incorporación de la Araucanía al territorio nacional", en *Ciclos de Conferencias*. Facultad de Humanidades, U. de Santiago de Chile, Santiago.
- Bravo, Guillermo** (1990): "Imágenes de la vida cotidiana chilena 1850-1930. Consideraciones sobre el matrimonio y la familia", en *Serie Nuevo Mundo. Cinco Siglos N° 4*. Imp. Claus von Plate, Santiago.
- Bravo, Guillermo** (1997): "Mercado de trabajo en la Araucanía, 1880-1910", en *Cuadernos de Historia N° 15*. Editorial Claus von Plate, Santiago.
- Dirección General de Estadística (DGE)** (1908): *Censo General de la República de Chile de 1907*. Santiago.
- Durand, Luis** (s/f): *Frontera*. Editorial Andrés Bello, Tomo I, Santiago.
- Espinoza, Juanuario** (1891): *Descripción de las provincias de Chile*. Imprenta del Ferrocarril, Santiago.
- Le Goff, Jacques** (1979): "Las mentalidades. Una historia ambigua", en *Hacer la historia*. Vol. III, Nuevos Temas. Editorial Laia, Barcelona.
- Orrego Luco, Luis** (1913): *Un idilio nuevo*. Talleres de la Empresa Zig-Zag, Santiago.
- Orrego Luco, Luis** (1996): "La historia de Casa Grande", en *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*. Facultad de Filosofía. U. de Chile, Santiago.
- Rama, Carlos** (1975): *La historia y la novela*. Editorial Tecnos, Madrid.
- Starobinski, Jean** (1979): "La literatura, el texto y el intérprete", en *Hacer la historia*. Vol. II. Nuevos Enfoques. Editorial Laia, Barcelona.

ANEXO

TABLA Nº 1

CRECIMIENTO ABSOLUTO Y PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN ANGOL 1875-1907		
CENSO	POBLACIÓN	% CRECIMIENTO DECENAL
1875	3845	
1885	6331	64,66
1895	7056	11,45
1907	7391	4,75

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de los datos de los Censos de Población de la República de Chile de 1875,1885,1895 y 1907.

TABLA Nº 2

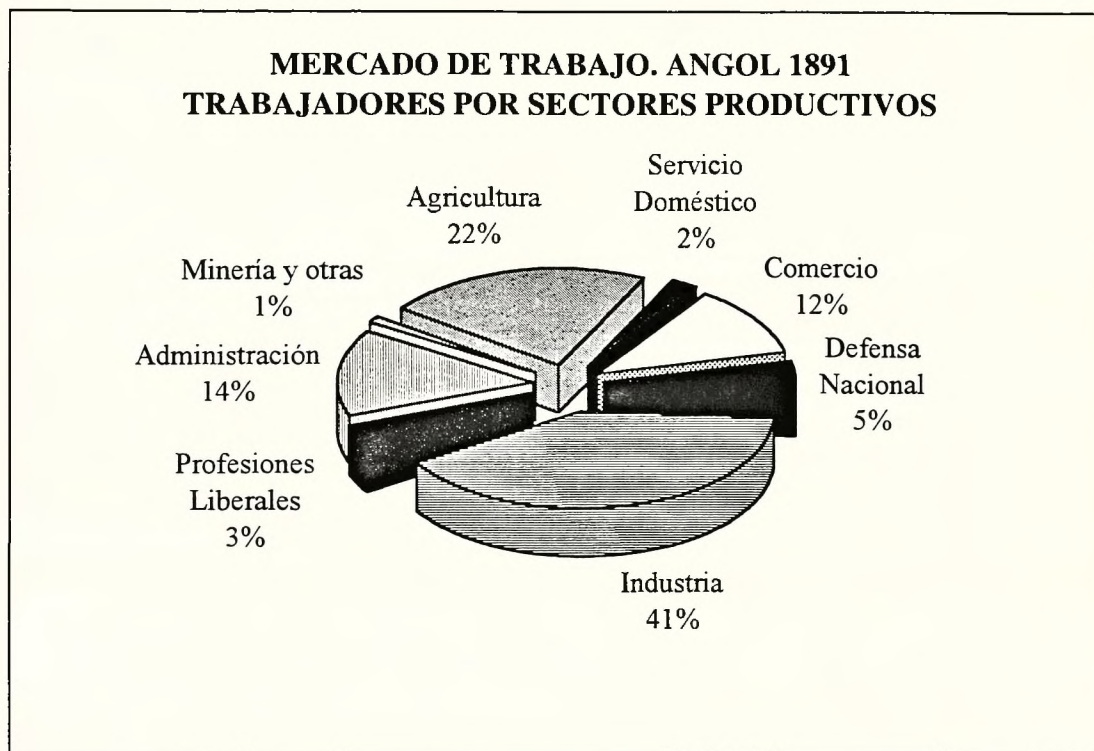
INDICADOR DE NOMBRES, PROFESIÓN Y DOMICILIO DE LOS TRABAJADORES DEL SECTOR COMERCIO EN ANGOL EN 1891			
Nº	NOMBRE	PROFESIÓN	DOMICILIO
1	Alvial Aravena, Manuel	Comerciante	Cañete 7
2	Aroca Jerez, Leandro	Comerciante	Boroa 18
3	Arriagada F., Tomás	Comerciante	Cañete 30
4	Astete López, José	Comerciante	Traiguén s/n
5	Barra de Tejada, Andrés	Comerciante	Cañete s/n
6	Bastías M., Juan	Comerciante	Villarrica 18-A
7	Bastías Rosales, Genaro	Abastero	Puente 9
8	Bermedo M., José M.	Comerciante	Villarrica 58
9	Bórquez M., Honorio	Comerciante	Villarrica 20
10	Cáceres N., Pedro	Comerciante	Lautaro 9-A
11	Castillo Becerra, José M.	Comerciante	Barrio del Cañón
12	Castro Gutiérrez, Gabriel	Comerciante	Boroa 12-A
13	Cid Figueroa, Pedro M.	Comerciante	Purén 20
14	Concha S., José R.	Comerciante	Maquegua 7
15	Córdoba Durán, Juan de Dios	Comerciante	Sin domicilio registrado
16	Cruz C., José del Carmen.	Comerciante	Caupolicán 28
17	Cruzat F., Domingo F.	Comerciante	Villarrica s/n
18	Cuadra M., Ramón	Comerciante	Villarrica 66
19	Durán B., Ramón	Comerciante	Purén 17
20	Fernández C., Emilio	Comerciante	Traiguén s/n

21	Fuenzalida V., Carlos	Comerciante	Lautaro 25
22	García Parra, Nicanor	Comerciante	Imperial 24
23	García Pavez, Santiago	Comerciante	Catrileo 5
24	Jara E., José Avelino	Comerciante	Imperial 30
25	Jara Elgueta, José N.	Comerciante	Colipí 39
26	López Uribe, José M.	Comerciante	Tucapel 11
27	Martínez Carrillo, Amadeo	Comerciante	Sin domicilio registrado
28	Medina Benavente, Pablo	Comerciante	Purén 2
29	Mena Otease, Alejandro	Comerciante	Cañete 50
30	Méndez Linderos, Pedro	Comerciante	Cañete 56
31	Messina Silva, Adolfo	Comerciante	Villarrica 22
32	Moraga Jara, Luciano	Comerciante	Sin domicilio registrado
33	Muñoz Pérez, José del Carmen	Comerciante	Imperial 30
34	Muñoz Sepúlveda, Juan	Comerciante	Purén 7
35	Murgán Mancilla, Pedro Emilio	Abastero	Sin domicilio registrado
36	Navarrete Navarrete, Pedro María	Comerciante	Sin domicilio registrado
37	Neira A., Dámaso	Comerciante	Imperial 18
38	Oliva F., J. Agustín	Comerciante	Villarrica 52-A
39	Parra M., Juan	Comerciante	Traiguén 13
40	Pozo O., Manuel Antonio	Comerciante	Imperial s/n
41	Ramírez Cruz, Bernabé	Comerciante	Angol s/n
42	Ramírez Enríquez, Abel	Comerciante	Villarrica 3
43	Ramírez G., Wenceslao	Comerciante	Cañete 13
44	Ramírez M., Marcelino	Comerciante	Villarrica 52-A
45	Ríos H., Pedro María	Comerciante	Boroa 18
46	Rodríguez Saldías, Manuel	Abastero	Angol s/n
47	Rodríguez V., Roldán J.	Comerciante	Caupolicán s/n
48	Rubio Ruiz, Abelardo	Comerciante	Colipí 5
49	Saavedra M., Bartolomé	Comerciante	Puente 3
50	Schwarzemberg F., Gustavo	Comerciante	Villarrica 22
51	Sepúlveda Poblete, José Ignacio	Comerciante	Sin domicilio registrado
52	Solís V., Emilio	Abastero	Purén 18
53	Soto Fuentes, Juan B.	Comerciante	Tucapel 12
54	Soza Carrasco, Celedonio	Comerciante	Sin domicilio registrado
55	Vallejos Gajardo, Casiano	Comerciante	Tucapel 25
56	Verdejo M., Domingo	Abastero	Barrio del Cañón
57	Zapata Ch., I. Pedro	Comerciante	Caupolicán 31
58	Zuñiga S., Juan	Comerciante	Purén 7

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de los datos de ESPINOZA, Enero.

Descripción de las Provincias de Chile. Imp. del Ferrocarril. Santiago, 1891.

GRÁFICO Nº 1



FUENTE: Elaboración propia sobre la base de los datos de ESPINOZA, Enero.
Descripción de las Provincias de Chile. Imp. del Ferrocarril. Santiago, 1891.